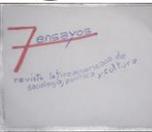


**EN BUSCA DEL ESLABÓN PERDIDO.
NOTAS SOBRE INTELLECTUALES,
CULTURA Y POLÍTICA EN TIEMPOS
DE REALISMO CAPITALISTA**

Adrián Pulleiro



EN BUSCA DEL ESLABÓN PERDIDO. NOTAS SOBRE INTELLECTUALES, CULTURA Y POLÍTICA EN TIEMPOS DE REALISMO CAPITALISTA

Adrián Pulleiro¹

¿Cuánto tiempo puede sobrevivir una cultura sin el aporte de lo nuevo?
¿Qué ocurre cuándo los jóvenes ya no son capaces de producir sorpresas?

Mark Fisher, *Realismo capitalista*.

I

Este artículo parte de una hipótesis exploratoria: el campo intelectual argentino atraviesa un momento de transición. Hasta mediados de la década pasada, se podía abordar la “intelectualidad pública” local – las trayectorias de sus figuras centrales, los modos de intervención fundamentales y las tradiciones predominantes– esencialmente a la luz de disputas políticas y culturales que se dieron en el marco de la transición democrática, primero, de la hegemonía neoliberal de los años 90, después, y, finalmente, en el escenario abierto por la crisis de 2001. En los debates intelectuales que marcaron la década larga que siguió a esa última crisis y en los itinerarios de las figuras más prestigiosas y con más presencia en los medios, las instituciones culturales, la industria editorial y la administración pública, las marcas de esos momentos de quiebre previos son muy claras. Es más, podemos añadir que las voces más escuchadas del mundo intelectual hasta hace muy poco tenían en común, más allá de sus recorridos y posicionamientos, un fuerte componente generacional, en el cual la experiencia de la post dictadura tenía un peso crucial. Por diversos motivos, hoy estamos ante otro panorama.

Planteada esa hipótesis vale llamar la atención respecto al interés que pueden tener estos temas, por fuera de las carreras académicas y de las rencillas de capillas, y en un contexto caracterizado por una marcada crisis de la figura clásica del intelectual y la consolidación de sus variantes especializadas y mediáticas. Aquí asumimos el concepto de campo intelectual para dar cuenta, sobre todo, de disputas ideológicas en las cuales actores del mundo de la producción cultural ponen en juego el prestigio logrado en sus terrenos de desempeño en pos de intervenir en el debate público y de revalidar o acrecentar simultáneamente su legitimidad. En esa clave, y si evitamos la idealización de otros momentos históricos, adquiere sentido (re)preguntarse por una dinámica de producción simbólica que se cimienta sobre relaciones entre intelectuales, cultura y política, que son históricamente específicas.

Vista desde esa perspectiva, la intelectualidad local fue una fuerza activa en el proceso de recomposición y reconfiguración de la hegemonía política que va de la salida de la crisis de 2001 hasta la crisis de la experiencia kirchnerista en 2013-2015. Al mismo tiempo, en ese marco el campo intelectual sufrió

¹ Universidad de Buenos Aires. Universidad Nacional de La Pampa.



reacomodamientos importantes, que tuvieron su correlato concreto en la circulación de determinados discursos sobre lo real y en la ubicación institucional (y estatal) de las distintas fracciones intelectuales.

Las principales disputas intelectuales del período estuvieron protagonizadas por una serie de formaciones y figuras que pueden ubicarse en sendas fracciones del campo intelectual, definidas en base a coordenadas político-ideológicas y al modo de concebir y asumir su rol. Una intelectualidad liberal-conservadora, tradicional por su ideario y sus modos de intervención, que con el diario *La Nación* como centro de gravitación tuvo hasta hace poco tiempo tres figuras icónicas y complementarias: Mariano Grondona, Natalio Botana y Marcos Aguinis. Una franja de intelectuales liberal-progresistas, que se vio tensionada y bifurcada ante el proceso político, con dos referencias clave: Beatriz Sarlo y José Nun. Un sector, también “generalista”, afincado en las tradiciones nacional-populares y que asumió la reivindicación de los fenómenos “populistas” de la etapa, que tuvo a Horacio González, Nicolás Casullo, Ricardo Forster y María Pía López como figuras centrales. Toda la franja de economistas ortodoxos que siguieron agrupados en torno a una serie de *think tanks* e instituciones académicas, como FIEL, CEMA, etc. y que progresivamente recuperaron terreno luego de quedar profundamente dañados en su credibilidad, aunque sin ocupar las posiciones privilegiadas que tuvieron previamente. Y las tres generaciones de economistas heterodoxos, con sus distintas vertientes, que desde el Grupo Fénix o Flasco y otros reductos académicos recorrieron el camino inverso, del margen al centro.

A ese mapa hay que sumar el movimiento protagonizado por un conjunto de intelectuales y expertos en opinión pública que jugaron un papel importante en la gestación de una alternativa política de derecha, estructurada en un *ethos* modernizador. Fenómeno que también tiene sus raíces en el escenario post 2001, aunque se tornó más visible con la proyección nacional del PRO y la victoria electoral de Mauricio Macri en 2015, y que tuvo a Jaime Durán Barba y Alejandro Rozitchner, como sus referentes más relevantes.

La crisis de 2001, la emergencia y consolidación del kirchnerismo, y la llamada crisis del campo confluyeron en –y marcaron a fuego– una agenda de debate intelectual que tuvo tres ejes fundamentales: (i) el neoliberalismo y la posibilidad de construir un proyecto diferente, con sus implicancias económicas, políticas y geopolíticas; (ii) la vigencia del peronismo y la cuestión del populismo; (iii) el papel de la memoria, específicamente sobre la violencia política de los 70, la última dictadura militar y las tareas pendientes de la democracia al respecto. Ese conjunto de cuestiones traccionó a las distintas fracciones intelectuales de un modo transversal. A su vez, esos temas no solo reactivaron ciertas tradiciones y modelos de interpretación que demostraron tener más vigencia de la esperada, también pusieron a jugar implicancias generacionales nodales.

Durante esa década larga, hubo coyunturas cultural y políticamente muy intensas, en las que muchos intelectuales se volcaron a la intervención pública por fuera de los dispositivos considerados habituales en los tiempos de “normalidad”. Ahí la elaboración y la voz pública se volvieron más colectivas y asumieron las formas clásicas de la denuncia, la polémica y la confrontación. Incluso hubo algunos



agrupamientos que se sostuvieron en el tiempo, dando lugar a un activismo cultural que en los últimos años no tuvo correlatos significativos.

En síntesis, desde las fracturas generadas en 2001-2002 y hasta el declive de la perspectiva de salida de esa crisis que encarnó la experiencia del kirchnerismo, las figuras intelectuales que más peso tuvieron en el espacio público fueron figuras con trayectorias dilatadas y reconocimientos múltiples; tanto las derechas como las izquierdas intelectuales, se estructuraron hasta entonces en torno a figuras fuertes. Pero algunas cosas están cambiando. En medio de un escenario político caracterizado por una especie de empate regresivo, y de tendencias culturales y sociales que nos llevan a hablar de una época marcada por una contraofensiva neoliberal-conservadora en toda la región y una incipiente nueva oleada progresista, a nivel local la centralidad de ciertas figuras intelectuales, formaciones e instituciones y medios de comunicación se ha relativizado. Algunas estrellas del firmamento intelectual se han apagado por cuestiones biológicas, pero sobre todo hubo variaciones reconocibles a primera vista en los modos de intervención, que se tornaron menos colectivos, menos orgánicos y menos programáticos.

II

En lo que sigue, damos cuenta de algunas tendencias y elementos novedosos a nivel de las prácticas intelectuales en ese escenario de transición. Para eso, de una manera exploratoria, tomamos como referencia a dos figuras que vienen ocupando espacios crecientes en el debate público a través de su labor en medios tradicionales y emergentes y en virtud de la publicación de sendos libros que han tenido buena repercusión. Se trata de José Natanson y María Esperanza Casullo. Partimos de la idea de que –en la medida en que su presencia en distintos espacios se amplifica– en sus posturas, en sus estilos y en los temas que abordan hay signos que pueden proyectarse más allá de los casos particulares y que pueden ofrecer vías de acceso a una dinámica más vasta. Al menos en lo que hace a las zonas de la cultura en las que predomina una sensibilidad progresista o de izquierdas.

Casullo nació en 1973 y es Licenciada en Ciencias de la Comunicación. Hizo su carrera de grado en la UBA, fue docente en esa carrera y entre 2003 y 2010 realizó un posgrado en la Universidad de Georgetown, Estados Unidos. Se doctoró con una tesis acerca del populismo. Actualmente es profesora e investigadora en la Universidad Nacional de Río Negro y vive en Neuquén. En el último tiempo consolidó una presencia mediática que venía en ascenso, pero que terminó de proyectarse luego de la publicación de *¿Por qué funciona el populismo?*, editado por Siglo XXI en 2019, que cuenta con varias ediciones (Casullo, 2019). Tiene dos espacios regulares en medios electrónicos creados recientemente. Impulsados por colectivos de periodistas, son proyectos que se ubican en el polo progresista del sistema de medios y que se presentan como una alternativa a los medios tradicionales. Su podcast semanal en *elDiarioAr.com*, llamado “Ágora”, en el que hace dupla con Andrés Malamud, y su *newsletter* quincenal en *Cenital.com*, denominado “Populistas somos todos”, son dos indicadores claros de esa circulación mediática creciente y constante, sobre todo en esa franja de medios orientados a lectores más o menos formados e



informados. Acá vale la pena agregar que Casullo tiene una intervención regular en redes sociales, con una cuenta de Twitter bastante activa (59 mil seguidores).

Su podcast es en realidad un diálogo entre ella y Malamud, de unos diez minutos, en el que intercambian sobre cuestiones de actualidad. Se sube a *eDiarioAr* en formato video y escrito, y también como audio a la plataforma Spotify. Generalmente, los temas que aparecen ahí son tratados también en sus *newsletters*. En este caso, son textos breves (unos 5 mil caracteres) en los que Casullo trabaja una escritura llana y busca generar una lectura amena (hay ejemplos didácticos, citas literarias, referencias a personajes por fuera de la política). Son escritos más bien panorámicos, que se alternan con otros dedicados a puntualizar sobre algún tema en particular. En tanto formato periodístico, tienen más de análisis que de opinión. Hay dos elementos que vale remarcar. Por un lado, el tratamiento dado a los temas proyecta una concepción de la política acotada a cuestiones de gestión, procesos electorales y sondeos de opinión pública. Por otro, el tono descriptivo del análisis da poco lugar a interrogantes sobre la acción política, ni siquiera abunda la pretensión de convertirse en consejera del príncipe. El siguiente fragmento es ilustrativo:

En síntesis, el panorama es de gran incertidumbre (...) Frente a esto, ¿qué hacer? Primero, en las inmortales palabras de Roberto Fontanarrosa: tranquilidad, delantera en 'v', y pases cortos. No apurarse con los análisis, no celebrar antes de tiempo ni deprimirse antes de que llegue la mañana (9 de mayo de 2021).

En tanto, cuando dicha preocupación sí aparece, suele hacerse como un planteo como ciudadana o desde una perspectiva más bien pragmática:

Lo que pedimos no es que nos tranquilicen ni que nos indignen: pedimos, en todo caso, que nos traten como personas adultas (...) A la sociedad argentina sólo le importan dos temas hoy: la pandemia (que incluye sistema sanitario y vacunas) y la economía (empleo y precios de alimentos). Cualquier idea que un político o política pueda tener de 'cambiar la agenda' o 'diferenciarse' o 'levantar perfil' tiene que ser, en mi humilde opinión, abandonada (23 de mayo de 2021).

En este sentido, podemos adelantar que Casullo se posiciona, básicamente, como *analista*. Se presenta como politóloga –hay ahí un gesto de selección que deja de lado su formación inicial–, proyecta sus intervenciones en tanto portadora de un saber teórico y una familiaridad con el ejercicio del análisis. La base de sustentación de su discurso está, sobre todo, en los signos de prestigio académico (haber hecho un doctorado en Estados Unidos, tener vínculos con redes académicas internacionales, etc.). Estos elementos la diferencian claramente de los perfiles intelectuales puestos en juego, y construidos a lo largo del tiempo, por las principales figuras del campo en la etapa previa que, como ya indicamos representaban recorridos múltiples y perfiles más híbridos. Incluso la diferencia claramente de otras mujeres que, como parte de esa otra generación, han tenido o tienen un reconocimiento notorio, como por ejemplo Nora Barrancos o, la recientemente fallecida, Alcira Argumedo.

Todo proceso de construcción de prestigio intelectual –cosa que en el caso de Casullo está en pleno desarrollo– supone un plus respecto del reconocimiento en un campo de desempeño específico y se



construye en la intervención pública, que abarca la presencia en los medios, pero también otro tipo de acciones: posicionamientos ante hechos relevantes, compromiso con causas sociales, entre otras. Podemos agregar que depende del volumen de circulación, pero también de la capacidad de diferenciarse de otras voces y, al mismo tiempo, de eludir una intervención devaluada por la sobreexposición. Todo académico que interviene regularmente en los medios actúa en tensión con un proceso de mediatización que lo puede transformar en un *fast thinker* más. En ese proceso, en una sociedad mediatizada como la nuestra, una figura intelectual –sobre todo entre quienes están en proceso de consagración– construye una especie de marca, que es más probable de generarse cuando la identificación figura / temas se lleva mejor con la agenda mediática. En el caso de Casullo esa relación está bastante clara. Su circulación mediática se explica en gran medida por sus elaboraciones en torno a uno de los temas más presentes en el discurso político, mediático y también en el debate intelectual de la última década y media: el populismo.

¿Qué nos dice Casullo sobre ese tema/cuestión? Repasamos sintéticamente algunas ideas que nos sugiere su libro ya que son clave para indagar en el modo en que su producción se inserta en las disputas ideológicas del presente.

Por empezar, el libro tiene un título que busca interpelar más allá del ámbito de los especialistas a partir de una fórmula que hace acordar a los libros de autoayuda: *¿Por qué funciona el populismo?* Y que adelanta dos cosas. Una perspectiva superadora de las visiones normativas que se centran en las carencias que los movimientos o gobiernos definidos como populistas tendrían respecto de las normas de la democracia liberal. Y una mirada mucho más descriptiva (técnico-conceptual) que valorativa, que concibe al populismo como un “fenómeno propiamente político”, “no sociológico, ni económico” (p. 43-44). Y que hasta cierto punto termina siendo limitada para dar cuenta del interrogante que le da nombre al libro.

Si sumamos el subtítulo, esa perspectiva termina de presentarse y la respuesta a esa pregunta inicial queda esbozada: [el populismo es] *El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis*. Tenemos entonces un uso bien elástico y elemental del concepto: populistas son los gobiernos, partidos y movimientos liderados en este siglo por Chávez, Evo Morales, Néstor y Cristina Kirchner, Correa, Trump, los Le Pen, Uribe, Kuczynski y un largo etcétera. Según la autora el populismo es, por un lado, –y acá aparece una de las tesis más sugerentes que plantea junto con la necesidad de desplegar el antagonismo como manera de sostenerse en el poder– una derivación lógica de las democracias modernas, antes que su contracara (p. 24). Pero en los hechos, su perspectiva es mucho más acotada dado que lo que orienta su análisis es la definición del populismo como un discurso o más exactamente como un “marco enunciativo” (p. 48). El “mito populista” opera como un tipo de relato que explica la realidad: un héroe (pueblo + líder) y un villano, a lo que se suma una promesa de redención. En gran parte, es el enfoque propuesto por Ernesto Laclau, en el cual el populismo es un fenómeno discursivo que se caracteriza por dividir al campo político en “un nosotros” y “un ellos”, más específicamente –dirá Casullo– impone una demarcación entre “un pueblo subalterno” y “una elite”. En línea con Laclau, la autora subraya que pueblo y elite “no son entidades objetivas en ningún sentido sociológico”, sino “colectivos



imaginados”. De este modo, los populismos podrán ser de izquierda o de derecha. Y podrán ser, desde la perspectiva de Casullo, igualmente exitosos para encabezar opciones de salida en situaciones de crisis.

Dicho esto, nos interesa dejar planteados algunos interrogantes. El primero es sobre lo oportuno de la afirmación que encierra el título y que forma parte de la respuesta que intenta justificar Casullo a lo largo del libro dado que la publicación es no solo contemporánea, sino posterior a la crisis de los gobiernos y las fuerzas políticas que ella define como “populistas de izquierda”. Si el éxito de esas experiencias se acota a su capacidad para llegar al gobierno y para sostenerse durante una determinada cantidad de períodos, el planteo puede ser correcto. Lo que no quita que aparezca como insuficiente. Así queda una pregunta en suspenso: ¿cómo explicar ese declive, más allá de las menciones a elementos evidentes como la dificultad para resolver “la sucesión” o el desgaste de la potencia del factor “outsider”?

El segundo interrogante se refiere a la perspectiva teórico-metodológica planteada y a las derivaciones políticas que quedan abiertas. En gran medida, la perspectiva de análisis (“el populismo es un discurso”) y el horizonte planteado (“comprender por qué es eficaz para construir legitimidad en las crisis”) llevan a exagerar la eficacia del “mito populista” y a subestimar el papel que juegan las condiciones –sociales, culturales, políticas, económicas– de emergencia de esos discursos, liderazgos y experiencias de gobierno, que son presentadas genéricamente como “crisis económicas y políticas”. El rol del líder aparece mucho más forjando condiciones a través de su discurso, que interpelado y siendo construido por las condiciones históricas. El tipo de movimiento o estructura política que construyen, los mecanismos de conducción, las estrategias de sus opositores y el rol atribuido a la movilización son factores imprescindibles para comprender esos fenómenos –sobre todo los “populismos de izquierda sudamericanos”–, pero están casi ausentes en la indagación. Se trata de un señalamiento que no es ajeno a las preocupaciones y objetivos de la autora. Al punto, que define como “sorprendente” la supervivencia del chavismo en Venezuela (p. 92) y de que asume que “no queda claro por qué ciertas clases de populismo tienen mayor pregnancia en algunas situaciones, mientras que populismos de signo contrario resultan favorecidos en otras” (p. 186). A su vez, más allá de la corrección de los señalamientos respecto de las estructuras discursivas comunes, el esquema de interpretación proyecta una igualación que dificulta la construcción de una perspectiva crítica. A diferencia de la visión propuesta por intelectuales como Nicolás Casullo o Ricardo Forster, que participaron de los debates sobre los “neopopulismos” durante su período de auge, aquí el clivaje izquierda / derecha deja de ocupar un lugar significativo (Casullo, 2007; Forster, 2007). No es que en el libro de Casullo esté ausente la valoración. Lo que llama la atención es que la contundencia con la que, por ejemplo, condena a la Revolución Bolivariana por haberse convertido en un “régimen autoritario” (pp. 14-15, 91, 92, 99, 123 y 194) –caracterización que establece sin mediar justificación y sin presentar ningún tipo de análisis del tipo de confrontación que se vive en ese país desde hace dos décadas– es incomparable con la ponderación a la que son objeto otros procesos, incluidas las variantes conservadoras, intervencionistas y racistas, como es el caso del gobierno de Trump.

En tercer lugar, no hay espacio para indagar en las formas concretas en que los antagonismos se desplegaron en los momentos de emergencia, consolidación y crisis de las experiencias analizadas. Dicho



de otro modo, ¿cómo entender –por ejemplo– el proceso boliviano y los gobiernos del MAS sin las guerras del agua y del gas, sin el sujeto indígena-campesino que las protagonizó y sin su agenda de demandas? O, en el caso argentino, ¿tiene sentido analizar el contenido populista del discurso kirchnerista sin incorporar como factor clave el fenómeno de movilización popular de 2001-2002 que, como en el caso boliviano y ecuatoriano, tuvieron como efecto directo la caída de varios presidentes y pusieron en jaque la hegemonía neoliberal tal como venía desplegándose en esos países? Como bien señala Casullo, la gestación de liderazgos en medio de sistemas políticos altamente cuestionados responde a cambios culturales y a demandas sociales insatisfechas más o menos evidentes. El punto es que en el caso de los gobiernos progresistas o populares sudamericanos de inicios del siglo XXI, esos liderazgos han sido además expresión de un ciclo de resistencia al neoliberalismo realmente intenso, que condicionó notablemente las salidas que se impusieron como exitosas. Estuvieron lejos de ser meras crisis económicas y políticas simplemente capitalizadas por una serie de líderes carismáticos y hábiles para construir nuevas lealtades.

En suma, la pregunta acerca de por qué funciona el populismo lo acapara todo. Sin embargo, la especialización, que Casullo plantea como vía de abordaje, podría ponerse en funcionamiento explicitando su parcialidad, y por ende su necesaria complementariedad. Cuando se plasma como una perspectiva autosuficiente, la conceptualización a la que se llega pierde capacidad explicativa y genera al menos dos efectos de sentido. Por un lado, como dijimos más arriba, si los procesos políticos son abordados como meros mecanismos discursivos y simbólicos, entonces quedan muy acotados a las características de sus líderes. Así la versión que se proyecta de tales procesos y de sus referentes corre el riesgo de parecerse demasiado a los estereotipos que abundan en el discurso mediático. Por otro lado, cuando la especialización se plasma en un análisis que se acota a la cuestión de la eficacia de un tipo de discurso y elude la indagación del significado histórico de las experiencias, dicha conceptualización se cierra a nuevos interrogantes y sus derivaciones políticas pueden ser problemáticas. Si, como dice Casullo, los casos analizados, desde los gobiernos del MAS al ascenso de Trump hasta el chavismo y el Frente Nacional francés, en tanto variantes del populismo, son antes que nada expresiones que disputan con otras en el terreno de las democracias modernas (p. 44), la “democracia” queda reducida a un conjunto de mecanismos y la acción política se torna una cuestión de lucha por la alternancia. Así, la pregunta por el ¿qué hacer? con esos fenómenos xenófobos, racistas, machistas y guerreristas está ausente, porque la analista considera que su aporte ya está hecho.

III

José Natanson nació en 1975. Es Licenciado en Ciencia Política por la UBA, pero su actividad se desarrolló desde un inicio fundamentalmente en medios de comunicación masivos. A partir de su rol como analista político en medios gráficos y televisivos y de la publicación de varios libros (Natanson, 2004, 2005, 2008, 2012, 2014), fue forjando un perfil de periodista-intelectual que hoy se muestra consolidado. Además ha pasado por cargos que refuerzan esa combinación. Fue secretario de redacción de la revista *Nueva Sociedad*, de la fundación de la socialdemocracia alemana Friedrich Ebert, y desde hace una década dirige



la edición Cono Sur de *Le Monde diplomatique*. Actualmente también está al frente de la revista cultural *Review* y de la editorial Capital Intelectual. Un proceso de rápida acumulación de capital cultural, que ameritaría ser estudiado en sí mismo.

Como Casullo, Natanson participa del fenómeno del *best seller* político, en su caso con su libro sobre el macrismo y contando con un mayor reconocimiento público previo (2018). También editado por Siglo XXI, y también con varias ediciones en su haber, el libro de Natanson comparte el estilo del título y el planteo del interrogante central en términos de eficacia: *¿Por qué? La rápida agonía de la Argentina kirchnerista y la brutal eficacia de una nueva derecha*. En este sentido, ambos se integran a una política editorial en donde, al menos, una parte de los títulos publicados y la forma de presentarlos remite a estrategias de marketing y a los criterios del discurso publicitario.

Con menos pretensiones técnico-conceptuales, el trabajo de Natanson tiene la virtud de meterse con un fenómeno en pleno despliegue y que había sido, sacando contadas excepciones, verdaderamente subestimado por la academia local. De este modo, el libro proyecta un gesto de (auto)legitimación. Más allá del aporte específico sobre el tema, Natanson se presentaba como uno de los pocos analistas políticos e intelectuales que se tomaron “en serio” al macrismo (p. 19). Para eso asumió explícitamente una posición de enunciación: la denuncia de los objetivos del PRO y sus aliados en tanto formación y proyecto políticos encerraba de por sí una postura simplificadora y a la vez ineficaz políticamente. La cuestión era correr el velo de los prejuicios para preguntarse seriamente por las razones de su eficacia y asumir como premisa que se trataba de un “fenómeno político nuevo” (p. 21).

Dicho esto, es importante ponderar al libro como un texto de intervención ¿qué nos dice sobre el debate en cuestión y las posiciones en danza? En primer lugar, Natanson centra su análisis del macrismo en dos nudos fundamentales: (i) su ascenso pone de manifiesto “una serie de mutaciones que vienen ocurriendo desde hace décadas”, no es un accidente histórico sino un proyecto político que confluye en un imaginario que contacta con el neoliberalismo capilar que se impuso en nuestras sociedades hace tiempo (p. 19); (ii) su carácter en tanto fuerza de derecha no está en duda, pero se trata de una experiencia que sobre todo aporta novedades, es una “derecha democrática”, “socialmente compasiva” y forjadora de una experiencia neoliberal que se diferencia del menemismo y la dictadura militar por su carácter “no privatizador ni anti-estatista” (pp. 109-110).

Esos argumentos están, según el propio autor, en el origen mismo del libro y ya estaban presentes en una nota de 2017 publicada por Natanson en *Página/12* que había generado numerosas respuestas –que involucraron entre otros a Horacio González y Ricardo Forster–. Lo que estaba en juego en esas intervenciones era la caracterización del macrismo y la actitud intelectual a tomar ante esa experiencia. Esos intercambios se centraron demasiado en debatir hasta qué punto el macrismo se trataba de un régimen democrático. Sin embargo, forman parte un marco de referencia importante para analizar la perspectiva más general asumida por Natanson, perspectiva que además está presente en su producción periodística. Por un lado, Natanson reafirmó en el libro su caracterización del macrismo como derecha democrática en base a la idea de que hablar de democracia supone básicamente hablar de “un sistema



de gobierno, un procedimiento de elección de gobernantes y de ejercicio del poder, cuyo corazón son las elecciones libres y competitivas” (p. 122). Es decir, en lugar de problematizar el vínculo entre derecha (o neoliberalismo) y formas democráticas, tendió a obturar el debate tomándose de una definición procedimental. De este modo, terminó más preocupado en defender su tesis de “la novedad” que en identificar los posibles alcances del proceso político, porque además desestimó analizar en profundidad ciertos signos que a la postre indicaban tendencias clave para el devenir de la experiencia macrista (volveremos sobre esto más adelante). Esto generó un efecto de sentido más general. Al insistir con destacar la novedad que implicaba que las derechas y los grupos económicos apostaran por llegar al gobierno por mecanismos electorales a través de una fuerza propia o al señalar que el gobierno de Macri a lo sumo había cometido tantas arbitrariedades institucionales como sus predecesores (p. 120), Natanson acudió a elementos que le fueron más útiles para sostener el aspecto que más lo diferenciaba en el debate intelectual que para ponderar el sentido y las consecuencias de las novedades y arbitrariedades señaladas. Además, sostener que el macrismo tiene más sensibilidad social por el hecho de haber mantenido los programas más relevantes del kirchnerismo o que no es antiestado porque “no privatizó escuelas” ni aplicó un ajuste al estilo menemista o del llevado a cabo por la dictadura, solo sirve para discutir con consignas –“el macrismo es la vuelta a los 90” o “Macri, basura, vos sos la dictadura”– pero no permite ir mucho más allá. De conjunto, estos planteos generan un efecto de sentido más bien conformista. Algo que también está presente en otro texto sobre el macrismo publicado en el portal de *Le Monde diplomatique* a un año de la derrota electoral de Juntos por el Cambio a manos del Frente de Todos (2020b). Allí Natanson se pregunta: “¿Es la de Macri la peor derecha posible?”. A lo que responde afirmando que eso “depende del punto de referencia”, porque comparado con los casos de Angela Merkel o Emmanuel Macron, el macrismo puede ser “tenebroso y rústico”, sin embargo, al lado de las derechas “reales” de América Latina “(la brasilera, la chilena, ¡la boliviana!) las cosas adquieren otro color”. En suma, ocurre algo comparable a lo que señalamos con Casullo. Si el macrismo es una expresión más del juego democrático y además no es de las derechas más repudiables –aunque las apoya y tenga vínculos históricos con ellas– el nivel de tolerancia hacia esta experiencia que se deriva implícitamente es más bien alto, y la alternancia (más que el combate) un esquema lógico para las aspiraciones del resto de las fuerzas políticas.

A su vez, el planteo de Natanson muestra límites que le impiden ponderar en su justa medida algunos signos que para 2018 podían vislumbrarse como indicadores de tendencias concretas (por ejemplo, el freno a las reformas anunciadas por Macri después del triunfo en las elecciones de medio término luego de las protestas de diciembre de 2017 ante la reforma previsional o la crisis financiera que se venía gestando con la apertura del mercado de capitales y el hiperendeudamiento). Como ya indicamos, la posición de enunciación que atraviesa el libro es la polémica con las variantes del kirchnerismo y con la intelectualidad antineoliberal que generacionalmente está por encima de él. Para decirlo con una metáfora boxística, se corre al centro del ring para tirar golpes para arriba y a su izquierda. De nuevo, más que colocar en frente al macrismo, Natanson construyó como blanco polémico a un “denuncismo” incapaz



de analizar las causas profundas de su ascenso y que se ve tentado permanentemente a señalar la distancia existente “entre su discurso edulcorado y la realidad pura y dura de sus políticas” (p. 19). Reitera una y otra vez que hay que analizar lo que el macrismo es y hace y no sus intenciones. Otra vez ese enfoque se aprecia con toda claridad en su texto de diciembre de 2020, allí Natanson asegura: “Macri no hizo todo lo que quiso, aunque seguimos insistiendo en que un gobierno –cualquier gobierno– debe ser juzgarlo por los resultados concretos de sus políticas más que por las intenciones inconfesables de sus funcionarios”. Una perspectiva que tiene consecuencias concretas. En principio, pone en duda la productividad de acudir a la experiencia histórica para analizar un proceso en curso y condiciona cualquier caracterización estructural de un proyecto político, cosa que es percibida como una cuestión de “intenciones no dichas”. Junto con esto, al subestimar las condiciones en las que se produce su despliegue obtura la posibilidad de sacar conclusiones políticas respecto de la dinámica de resistencia que definió la forma concreta de dicho despliegue.

La tenacidad con la que Natanson se opone a ir más allá de lo que los actores dicen y muestran con sus acciones –y muchos sectores de la población ven en ellos– imposibilita poner en foco lo que queda como excedente de aquello que un gobierno efectivamente termina haciendo. Desde el punto de vista de un posible aporte a la acción política, una fuerza política no solo es importante en relación a lo que hace, sino también a lo que aspira a hacer, o sea las transformaciones que pretende imponer. Si, como el propio Natanson señala, “Macri no hizo todo lo que quiso”, entonces es fundamental incluir en el análisis lo que quedó por fuera como aspiración y, más aún, aquello que operó como resistencia. En un punto, las tradiciones del pensamiento crítico tienen en común una reflexión que lleva a reponer los silencios y a desconfiar de lo que aparece a simple vista como lo más determinante. Lo que termina quedando en duda en esta lucha contra el “denuncismo” no es solo la posibilidad de eludir un discurso simplificador sobre el macrismo, sino la de reponer el trasfondo de su itinerario y su significado histórico.

La posición de enunciación y las concepciones que venimos describiendo atraviesan las producciones cotidianas de Natanson en los medios de comunicación. En particular, sus editoriales en *Le monde...* permiten apreciar hasta qué punto esa línea de intervención basada en polemizar con audacia con discursos que están a su izquierda decanta en posiciones que, en nombre de una suerte de rigurosidad realista, llevan más a la moderación de expectativas que a vislumbrar fisuras en un estado de cosas desalentador. Entre esos editoriales, hay uno que nos parece paradigmático. Titulado “Contra el 82 por ciento móvil” y luego del debate parlamentario por el cambio en la fórmula que regía los aumentos en los haberes jubilatorios (2020a), ahí Natanson defiende la decisión del gobierno del Frente de Todos y cuestiona el criterio en el que se basaba el esquema anterior. Junto con eso afirma que el futuro del sistema previsional es una cuestión fundamental a atender, que excede el caso argentino ya que está en crisis en todo el mundo.

Por una parte, le parece positiva la medida asumida por el entonces nuevo gobierno dado que disminuía la cantidad de recursos del presupuesto destinados a ese ítem (para reasignarlos a sectores donde hay más alto índice de pobreza, como los niños) y achicaba la distancia entre las jubilaciones más altas y más



bajas. Respecto a este último tema, Natanson no duda en afirmar que “el 82 por ciento móvil es una construcción simbólica tan potente como regresiva”. Asimismo, enumera cuatro cuestiones a resolver de cara al futuro, en el siguiente orden: el envejecimiento demográfico y la persistencia del trabajo en negro y la desocupación; el aumento de la edad de retiro ante la mayor esperanza de vida (ambos temas son definidos como “tabúes”); revertir los planes de reducción de aportes patronales; y rever los regímenes especiales, desde los que benefician a jueces hasta los que rigen a docentes y científicos.

El cierre del editorial es contundente. En un contexto de creciente pobreza y de caída generalizada de los ingresos populares, Natanson anula cualquier horizonte de confrontación y genera un llamativo efecto de igualación al preguntarse: “¿Qué esfuerzo estamos dispuestos a hacer hoy para sostener a los que trabajaron ayer? ¿Qué esfuerzo estaremos dispuestos a hacer mañana?”.

Así, Natanson explota nuevamente el estilo políticamente incorrecto respecto del imaginario de las izquierdas y el progresismo. Refuerza el papel de un analista provocador que viene a decir que todo puede ser repensado. No obstante, el resultado es un mensaje que legitima posturas conformistas. En este caso, ocupado en desprenderse de cualquier dogmatismo, el enfoque propuesto por Natanson niega la posibilidad de pensar el problema previsional en términos de disputa por la riqueza socialmente generada y se desplaza hacia las medidas a tomar en pos de una adaptación a las nuevas condiciones históricas. En pocas palabras, si en un contexto de crisis económica y de retroceso generalizado en las condiciones de vida de los sectores que viven de su trabajo lo que se pide es más y renovados esfuerzos mancomunados, se consolida un tipo de intervención intelectual que deja poco margen para las alternativas.

IV

Para terminar volvemos sobre la hipótesis inicial. Al menos en lo que hace a zonas del campo cultural vinculadas con los valores del progresismo y las izquierdas, identificamos una tendencia: el fortalecimiento de la figura del intelectual analista. Sus casos más representativos muestran trayectorias poco permeadas por la participación política y el activismo cultural, en las cuales el saber experto y las credenciales académicas tienen un mayor peso relativo en la construcción de su legitimidad pública. Sintetizando, es un tipo de intelectual que irrumpe en la escena mediática y cultural, cruzando soportes nuevos y tradicionales, valorando la comprensión por sobre la crítica y asumiendo posturas “razonables” ante los fenómenos que marcan el pulso de la época.

Esa tendencia no está al margen del desplazamiento, que se registra con el correr de la última década, del escenario político hacia el centro. Ni es ajena a la aparición de ciertos fenómenos que en el último tiempo han puesto en cuestión por derecha los límites de lo decible en el discurso público, atacando los principios básicos de la cultura progresista. En el terreno de la acción intelectual, lo que parece estar en riesgo es que los caminos posibles para eludir las denuncias simplistas o las elaboraciones incapaces de dar cuenta cabalmente de los rasgos novedosos de los procesos sociales, queden acotados a un pensamiento vaciado de historia y de sujetos. Inclusive a un pensamiento que termine resignado a la corrección política mientras las variantes de la derecha disputan el lugar de la crítica radical al sistema.



La posibilidad de fortalecer y proyectar formas superadoras del quehacer intelectual no puede pensarse al margen de las disputas que se dan en un escenario histórico caracterizado por una contraofensiva neoliberal-conservadora y las resistencias de un movimiento popular que –al menos en nuestra región– sigue demostrando su vitalidad más allá (y más acá) de los sistemas políticos y los cronogramas electorales. Más aún debe ser vista como un capítulo importante en esa trama.

En el mismo sentido, podemos arriesgar que dicha posibilidad no dependerá de la gesta de personalidades geniales sino de los modos en que ciertas instituciones y colectivos potencien y consoliden un vínculo productivo con los sujetos emergentes que actualmente encarnan –de diversas formas y con alcances aún difusos– las luchas por los cambios más democratizantes, contra la mercantilización y por la igualdad. Una perspectiva que tiene poco de novedosa, pero que adquiere un significado histórico renovado en una época de crisis como la actual, marcada por la inestabilidad, el desaliento y también por las irrupciones.

Bibliografía

Casullo, M. E. (2019). *¿Por qué funciona el populismo? El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis*. Siglo XXI.

Casullo, M. E. (23 de mayo de 2021). Para ganar políticamente, hacer como que la política no existe. *Cenital.com*. <https://www.cenital.com/para-ganar-politicamente-hacer-como-que-la-politica-no-existe/>

Casullo, M. E. (9 de mayo de 2021). Un momento de monedas girando en el aire. *Cenital.com*. <https://www.cenital.com/un-momento-de-monedas-girando-en-el-aire/>

Casullo, N. (2007). Des-armando la izquierda. *Pensamiento de los Confines*, 20, 63-73.

Forster, R. (2007). Los espectros latinoamericanos: el populismo, la izquierda y las promesas incumplidas. *Pensamiento de los Confines*, 20, 15-31.

Natanson, J. (17 de agosto de 2017). El macrismo no es un golpe de suerte. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/56997-el-macrismo-no-es-un-golpe-de-suerte>

Natanson, J. (2004). *El presidente inesperado. El gobierno de Kirchner según los intelectuales argentinos*. Homo Sapiens.

Natanson, J. (2005). *Buenos muchachos. Vida y obra de los economistas del establishment*. Libros del Zorzal.

Natanson, J. (2008). *La nueva izquierda. Triunfos y derrotas de los gobiernos de Argentina, Brasil, Bolivia, Venezuela, Chile, Uruguay y Ecuador*. Debate.

Natanson, J. (2012). *¿Por qué los jóvenes están volviendo a la política? De los indignados a La Cámpora*. Debate.

Natanson, J. (2014). *El milagro brasileño*. Debate.

Natanson, J. (2018). *¿Por qué? La rápida agonía de la Argentina kirchnerista y la brutal eficacia de una nueva derecha*. Siglo XXI.

Natanson, J. (2020a). Contra el 82 por ciento móvil. *Le Monde Diplomatique*, 248. <https://www.eldiplo.org/248-alberto-feminista/contra-el-82-por-ciento-movil/>



Natanson, J. (2020b). Balance del macrismo: Hablemos de la derecha democrática. *Le Monde Diplomatique*, 263. <https://www.eldiplo.org/notas-web/hablemos-de-la-derecha-democratica/>

